

12-20-2011

Caminos y puentes

Raúl Dorantes

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.usf.edu/surcosur>



Part of the [Bilingual, Multilingual, and Multicultural Education Commons](#), [Creative Writing Commons](#), [Critical and Cultural Studies Commons](#), and the [Latin American Languages and Societies Commons](#)

Recommended Citation

Dorantes, Raúl. 2011. Caminos y puentes. *Revista Surco Sur*, Vol. 2: Iss. 4, 49-51.

DOI: <http://dx.doi.org/10.5038/2157-5231.2.4.15>

Available at: <https://digitalcommons.usf.edu/surcosur/vol2/iss4/15>

This CUENTO CON TODOS is brought to you for free and open access by the Open Access Journals at Digital Commons @ University of South Florida. It has been accepted for inclusion in *Revista Surco Sur* by an authorized editor of Digital Commons @ University of South Florida. For more information, please contact digitalcommons@usf.edu.

Raúl Dorantes

Caminos Y PUENTES

Durante varios meses viví en las camas *queen* de los hoteles de lujo de Milwaukee. Me dedicaba a lo que es mi naturaleza: chupar poco a poco la sangre de los hombres. Un día de primavera conocí a María Luisa, quien entonces se hacía acompañar de un tipo al que llamaba sin ternura "Señor comisionado"... Ya en el verano abandoné el Hilton y me fui con ella en su neceser. Así, en cuestión de días, vine a saber del ingeniero. Ahora tengo acceso a la memoria del ingeniero.

Entre otras cosas sé que después de pasar su última tarde con María Luisa, el inge se fue a Binny's y se compró una botella de Los Vascos. De camino a casa pudo ver el puente vuelto escombros en el fondo de la cañada, cubos y exaedros apilados como en un raro cementerio. Había que tomar con calma la caída de aquel puente, recobrar el tiempo en que no se preocupaba por usar compás o escuadras. Además, según los abogados, se exploraba la posibilidad de que el Distrito de Parques no procediera.

Abrió la puerta a eso de las ocho y las luces de la sala se encendieron. Sin arrebató, barajó entre las hileras de discos y puso una canción de Leonard... ¿Cohen? No: era de Leonardo Favio. Descorchó la botella y supo que se trataba de un tinto ligeramente punzante. Un sorbo, un pedazo de queso, una aceituna rellena de anchoas...

Había que ventilar el cuarto y cambiar las sábanas. No es que las rojas estuvieran sucias. Es que en adelante había que llenarse de verde, de nuevas historias, de perfumes de sándalo y jazmín. Se acostó sin pijamas, inaugurando una sonrisa. La copia de los *Cuentos de amor, de locura y de muerte* estaba ahí a su lado. ¿Leer acerca de la muerte? Ya no era necesario. Se podría decir que el inge estaba experimentando una emoción vital: su espacio, por fin su espacio, y un tiempo sin manecillas. Lo único que no encajaba era una comezón desapareja a la altura del abdomen, casi un tic que se movía. Ya daban las once cuando los párpados concluyeron su vigilia.

Es posible dormir y dejar que las uñas hagan su trabajo. Pero la comezón fue avanzando con la noche. El inge se volteaba hacia el librero y minutos después ya estaba frente al empapelado de la pared. A las tres y diez arrojó de un solo movimiento el almohadón y las sábanas de franela. Entonces la luz. ¿La luz? Sí, una bombilla en espiral de sesenta *Watts*. Ahí sobre la dermis estaba lo que él percibió como un ser milimétrico, sólo eso, porque entonces no tenía conciencia ni una manera de articular. Simplemente pinchaba y embebía la mezcla de glóbulos y plaquetas... Esa cosa oblonga, con patitas, intensificó el sorbo final. Después había que perderse como topo en la planicie de franela. Junto al ombligo del ingeniero, quedó sólo un asterisco rojo.



Carlos Camargo, *Desnudo* 6

CUENTO CON TODOS

49

Al día siguiente, el inge tomó la ducha de costumbre. Y frente a la gran luna de azogue, descubrió que en el abdomen había no un asterisco sino sólo un tajito en forma de 7. Entonces ¿era cierto? En lugar de responder, se dispuso a seguir con su vida nueva: sentarse en silencio media hora, desayunar en Walker Brothers y escribir propuestas para alguna constructora. En esos días leía también *La vida según Galileo* y pensó en comprarse un telescopio para ver las montañas de la luna. Pero en vez del telescopio, de camino a la oficina, pasó a mirar el puente retorcido en la cañada, las balaustradas en arco diseñadas por María Luisa, los torreones de concreto calculados por él. Aquel espectáculo era mayor a la luz de la mañana: docenas de piedras inventadas por el hombre y la nave central doblada como un espinazo enfermo.

Nadie trajo novedades a la oficina. ¿Nadie? Bueno, sí llegó una carta del bufete de abogados en la que se anunciaba el desistimiento definitivo del Distrito de Parques. Aceptaban que la caída del puente había sido por el cemento, que no había tenido la consistencia para amarrar los bloques de hormigón, que era un cemento de importación llegado seguramente de China. Para el inge había ya dos razones para celebrar... A las seis participó en la gala de los empresarios de Milwaukee y su memoria registró lo siguiente: "sólo uno me preguntó por el puente".

A eso de las nueve regresó a esta casa de rodetes interiores, la misma que desde hace años María Luisa fue llenando de restiradores y maquetas. En el cuarto del fondo nació el proyecto: *blue prints*, fotocopias, pliegos atiborrados de números y líneas. Durante un lustro habían construido monumentos, mausoleos y glorietas. Nunca un puente. Entre los papeles tipo *bond* aparecieron los cimientos en tinta fresca: sería de dos carriles, con aceras y farolas. "Sobre todo las farolas", dijo María Luisa la mañana que enviaron la propuesta al comisionado del Distrito de Parques.

En este cuarto se entrevistaron con el comisionado. Buen planteamiento de parte de ellos y excelente la respuesta del oficial. Pero a media reunión un derrame de tinta vendría a teñir la regla T y varios planos: escucharían que ganar el concurso era sumamente difícil, ¿más café?, en el Distrito tenían que afianzar negocios



Carlos Camargo, *Desnudo 5*

con las firmas étnicas, insinuaciones, ¿con azúcar?, las caribeñas que se parecen a J. Lo. y la campaña política del año entrante. Sí, todo sí, había que darlo todo para superar en el concurso la propuesta de Pigozzi & Peterson y otra firma del sur. Pero J. Lo. no era una caribeña real sino producto de Nueva York. "¡Shhh!", la paró en seco el ingeniero antes de herir los gustos del comisionado. De aprobarse, María Luisa se proyectaría como arquitecto y podría viajar en primera clase a Puerto Rico, y el inge ganaría lo suficiente para cubrir la hipoteca de su casa habitación.

Y aquí estamos en esta casa lujosa con la hipoteca ya saldada, a dos millas de la autopista, a diez pasos del lago. El inge pasó la segunda noche frente al ventanal mirando su pedazo de playa, sirviéndose lo que sobraba de Los Vascos, otra vez el queso *brie*, las aceitunas con anchoas. Ya vendría el tiempo de mirar las montañas de la luna. Ahora puso un disco de Gardel. ¿De Gardel? No, era una balada de Juan Gabriel en la que se dejaban las cosas del pasado, un whisky, más queso... ¿A quién de los dos se le había ocurrido otorgarle una noche con J. Lo. al comisionado?

Hay preguntas incorrectas y ésta es una de ellas... Eso era simplemente lo que se tenía que hacer. Y además en María Luisa había dos ventajas: hablaba sin acento y apellidaba López.

Eran las once. María Luisa tenía que quedarse como esa realidad que dejamos en las pantuflas antes de saltar a la cama. Pero el ingeniero todavía le echó un vistazo al cuarto: ya no se trataba de reemplazar las sábanas rojas por las verdes ni de traer un almohadón sin sus olores. Había que cambiar de piel como las anacondas, dejar de pensar que el comisionado vio a J. Lo. en el cuerpo de María Luisa, aprovecharse del espejismo y ganar en el futuro otros concursos... Pero a finales del verano la arquitecto también quiso ser J. Lo. y el comisionado no escatimó en darle trato de celebridad: abrigos de *mink*, cócteles con el gobernador, bolsos Gucci nada más... ¿Caribeña de la isla o de tierra firme? Eso qué importa.

A las tres y diez, el inge de nuevo sintió la comezón bajo las sábanas. Según el registro de su cerebro, pudo ver en la penumbra a esta longitud sanguinolenta rastreando una tetilla. Entonces vino en mí un movimiento hacia la yugular y de inmediato un resbalón hasta el ombligo. Había que seguir pinchando en el sitio dejado la noche anterior. ¡La luz! ¡Tengo que encender la luz! Y se hizo la luz con una erupción de manotazos. En vez de huir, fue necesario pasar de la zona del ombligo a la colcha, y de la colcha había que escalar por la pared, que quedaran frente a frente mi sudor y su sangre. Ahí estaba yo, a menos de un pie, a merced del ingeniero Rodríguez Peralta. Mas él dudó entre dar el golpe con la mano o con el taco de un zapato. Ese lapso fue suficiente para dejarse caer hasta la alfombra y segundos después reaparecer en un extremo de la colcha. Hubo miradas desafiantes en ambos lados. Sólo eso.

Por la mañana el inge descubrió que el tajito parecía una Z coronada. Lo peor es preocuparse por bagatelas... Llegó temprano a la oficina y se puso a navegar en la Internet. Provenientes de la familia *cimicidae*, esos parásitos fueron erradicados de los Estados Unidos 45 años atrás usando un tipo de fluoruro; ahora han vuelto en las maletas de los inmigrantes y gustan de alojarse en los pliegues de las camas; llegan a vivir décadas si cuentan con suficiente sangre y tienen cierto instinto para atacar entre dos luces a los seres más vulnerables... ¿Yo vulnerable?, se repitió el ingeniero, vulnerables los puentes, ¿pero yo?

Y aprovechando que estaba frente a la computadora, revisó sus *e-mails*. Había seis pero sólo abrió el de María Luisa: "Era inevitable. De no haber seguido con el comisionado, tendríamos encima a las autoridades de Wisconsin. Digámoslo sin cortapisas: el puente se cayó por mendigar algunos metros cúbicos de cemento y cal. Ahora sólo nos queda entregar el porcentaje que le corresponde a cada parte".

María Luisa había sido estudiante del Instituto Tecnológico. En el tercer año tomó la clase de Estructuras que ofrecía el ingeniero. Hubo un salto cualitativo cuando, en medio de la pasión, registraron la firma ante el gobierno estatal. Los saltos cuantitativos se fueron dando con los proyectos. Otro salto fue la construcción del puente.

Casi al mediodía, el inge pasó por la cañada y vio que las máquinas del Distrito empezaban a recoger los exaedros de hormigón. Les tomaría dos semanas llegar al espinazo... Se puso al volante. En una curva pensó en comprar langostas y en llamar a la noruega. Pero en la cama ella iba a descubrir la mancha lívida junto al ombligo. Era mejor evitar preguntas.

De modo que este tercer día fue casi una repetición de los anteriores: el Binny's, dos copas de vino, un bañito caliente, el té de valeriana. ¿Música de Vangelis? No, qué Vangelis. El queso y las aceitunas se quedaron en la mesa. Y en punto de tres la comezón... Hay que hacer de la Z una O. Hay que pasar de una noche a otra noche. Entrar en el torrente, subir entre membranas y llegar al hígado surtidor. Afuera el inge prende la luz y las uñas hacen un intento. Sus breves manotazos son música que duele. Irse rodando por el libro del páncreas, nadar hacia arriba entre las vértebras... Lo del inge han de ser punzadas en la pelvis, un alfiler en el costado, el inge gime y se queja. Yo le declaro una tregua, que él aprovecha para correr hasta el teléfono. "Yes, I think I need some help..." Lo sofocante es llevar esta danza por cada uno de sus huesos, deslizarse en el cosquilleo de la garganta, un tamborilear sobre el atlas y mirar por fin la bóveda del cerebro.

Hoy estoy en mi elemento y me conformo con ser. Afuera, el ingeniero todavía se restriega junto al ombligo. Quiere comprender. Yo soy su comprensión. Entre sudores, el inge se pone las pantuflas y se arropa. De nuevo corre al teléfono. "Sir, there is a bedbug in..." Nada más insultante que coloquen a un ser pensante en la categoría de chinche. ¡Por favor! No me queda más que hacerle un plan a este ingeniero: salir de la casa y correr hasta la zona en que se hallaba el puente. En milla y media todo será oscuridad y prisa. Todo será angustia, todo María Luisa y el fantasma de cemento allá en el fondo.